

VIVÍAN en Granada. En la plaza de Bibarrambla o «Plaza de los Tilos», como le llamó la poetisa granadina Elena Martín Vivaldi. Vivían en un primer piso y por los balcones se veía el palacio arzobispal. En el palacio, a veces, al oscurecer, otras de noche, algunas luces quedaban encendidas. Seguramente eran de las habitaciones del arzobispo.

Eran tres hermanas y, al parecer, se pasaban la mayor parte del día asomadas al balcón. Unas veces, si era verano, con los brazos apoyados en la baranda. Otras veces, sentadas, mirando tras los cristales, si era invierno. Decían que pertenecían a la alta alcurnia granadina y, conforme iban para mayores, salían de la casa —lo poco que salían— como siempretiasas, o como decía mi hermano: «como escopetas». No les salía novio, aunque alguna vez alguien que subía por las escaleras vio a una de ellas hablando con un hombre por la mirilla de la puerta. Se dijo que el hombre era maestro de escuela.

Tan encerradas, al parecer, estaban que durante la guerra civil, cuando repicaba la campana de la Torre de la Vela de la Alhambra, señal de que venían los aviones de los rojos a bombardear a Granada, no salían corriendo de la casa, como todos los vecinos, a encerrarse en la catedral, junto a la tumba de Mariana de Pineda. Parecían no tener miedo a la muerte.

La mayor se llamaba María, la de en medio Isabel y la más pequeña Ángela. No sabíamos nadie de qué vivían. Decían que tenían familiares en la casa, pero, poco a poco, se fue sabiendo que eran huéspedes, entre ellos una viejecita que se llamaba Marina y un vozarronero que cantaba zarzuela y no dejaba a nadie dormir. Los vecinos le tiraban cubos de agua por la ventana para ver si callaba; pero las hermanas le palmoteaban y después rezaban el rosario todos. Tampoco dejaban dormir con los rezos.

Un final de año, el del vozarrón se fue y ellas y la vieja se quedaron despidiéndolo tras los cristales del balcón, cuando, de pronto, empezó a nevar. La plaza granadina, con sus tilos sin hojas, se cubrió de nieve.

Aquella noche me hicieron bajar al piso y vi, como otras muchas veces, lo inolvidable. Las siempretiasas eran encantadoras. Sabían tener ilusiones. Ilusiones que para ellas llegarían sin duda a darle la libertad a sus vidas. Una libertad ansiosa que las destrozaba vivas. La mayor soñaba con ser actriz y trabajaba en agrupaciones de aficionados. Cuando iba a la agrupación salía casi a escondidas. Los sábados y los domingos iba con los cómicos-aficionados a trabajar a algún pueblo cercano, muy cercano. La de en medio, además de ser poetisa, escribía obras de teatro y leía mucho. Era muy intelectual. Le gustaban mucho los escritores europeos. También hablaba de Benito Pérez Galdós. La más pequeña esperaba que las ilusiones de las hermanas llegaran a ser realidad y, entonces, se realizaría la mayor alegría de su vida. Esta alegría la compartían todas: viajar y, sobre todo, ir a ver el mar. Tal vez, en este viaje hacia el mar encontrarían una especie de libertad salvadora y consoladora, pero la libertad nunca les llegó.

Aquella noche, final de año, representaron una comedia de Isabel titulada «Tren del Sur». El escenario estaba formado por silla tras silla de la casa, cortinas viejas, cucurucho de cartón, que hacía de pito del tren, es-

## LAS ILUSIONES DE LAS HERMANAS VIAJERAS

Por José MARTÍN RECUERDA

pantapájaros con cañas y trajes viejos, flexos para que dieran luz de luna... Ellas se vestían también con cortinas viejas, con trajes de hombre muy anchos, que eran de su padre, que en paz descanse. Se pintaban la cara con corchos quemados o papeles azules y rojos que ellas ensalivaban. Era un encanto ver a las siempretiasas representar la comedia «Tren del Sur».

El asunto de esta comedia era darle la vuelta al mundo y ellas explicaban, montadas en el tren de las sillas, cómo era el mundo que veían. Yo, que era casi un niño entonces, también veía el mundo que ellas decían, los lugares de la tierra por donde pasaban, los mares de plata, la luna y las estrellas...

Aquella misma noche escucharon que subía gente por la escalera. Eran los cómicos-aficionados de la agrupación de María quienes les cantaron, borrachos, el «Adiós a la vida». Qué terror. Qué tragedia entre ellas. Qué desolación... ¿Cómo no iban a salir a la calle como escopetas o siempretiasas sin mirar a nadie? Casi toda la vida se la pasaron así.

Vivieron la posguerra, la transición, y buena parte de la democracia. Yo, ni nadie, sabíamos ya de cómo podían vivir, aunque algunos vecinos decían que vivían de alguna pensión. ¿Pensión de qué? Eran tan granadinas que nunca despertaban a la vida ni les decían a nadie por dónde andaban. Lo cierto es que fueron viéndolas cómo envejecían con cara de hambre y con manos, cada vez, con menos fuerzas. Entonces alguien se enteró de que pasaban el día haciendo encaje de bolillos o botitas de lana para niños y las vendían en tiendas apropiadas, confiando en que alguna vez, cuando sus manos ya no dieran más de sí, los dueños de las tiendas donde ellas vendían sus trabajos supieran o hubieran sabido darles los papeles necesarios para cobrar los seguros sociales. Nada. Según cuentan los vecinos, nunca llegaron estos papeles a sus manos, ni, por lo tanto, los seguros sociales de la democracia. Se pasaban, ya viejas, yendo y viniendo a la Delegación de Hacienda. Nadie sabía nada de ellas. Les aseguraban que conforme la democracia avanzara, la solución de su pan estaría resuelta. Pero esta solución no llegaba nunca.

Una vecina les dijo: «Vais a cobrar y poder vivir, casi comer, ya lo veréis, ¿sabéis cómo?: yendo a la fábrica de maderas donde vuestro padre era representante y allí no tendrán más remedio que daros unos papeles de justificación, con los papeles en las manos, vais a la Delegación de Hacienda y ya veréis.»

Nada. Nadie les dio estos papeles y encima alguien les robó los bolsos cuando iban por la calle. Por más voces que dieron, no las defendió nadie. La misma vecina les decía: «Ahora va a entrar a la Hacienda un ministro que ya veréis cómo os arreglará todo.» ¿Qué remedio les quedaba sino el de ver pasar los

días esperando? Ante esta espera desesperada, Isabel, más intelectual que nunca, que era la que tenía más fuerzas, abrió de par en par los balcones y dijo desafiante, como si estuviera hablando con medio mundo: «¡Voy a escribir mi mejor comedia! ¡Es la comedia del engaño que estamos viviendo todos conforme avanza eso que llaman democracia! ¡He leído mucho y sé lo que es la democracia en el mundo y en Europa! ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Vamos de mal en peor!» Sin querer se había convertido en una mitinera tónica.

Desde la calle le dijeron a voces: «¡Vosotras sois las que nos vais de mal en peor porque no habéis trabajado nunca y no habéis sabido de vuestras obligaciones. ¡Habéis aguantado el hambre cuando debisteis tiraros a la calle y decírselo a todo el mundo! ¡No sabéis, os repito, de vuestras obligaciones!» Isabel contestó: «¿Y quién las sabe hoy día? ¿Los que roban y callan?»

Madre mía, lo que formó Isabel desde el balcón. Una revolución verdadera. Dicen que aquel rincón de la plaza de los Tilos se convirtió en un hazmerreír y llorar porque salió a relucir un malestar general de controversias y habladurías. ¡Pobre Granada mía! ¡Pobre España! Una voz se oyó que dijo: «Paciencia piojo, que la noche es larga.» También se oyeron voces diciendo: «Que se lleven a ésa al manicomio porque nos quiere encender la sangre a todos.» Isabel cerró el balcón asustada del chillerío y les dijo a sus hermanas, que casi temblaban: «Vamos a representar la última comedia de mi vida. Hagamos el tren con las sillas y vayamos en nuestro tren a toda Europa para saber bien cómo son en Europa los políticos y el pueblo europeo. Estoy harta de que me digan que la capital de España, que se llama Madrid, se ha convertido en una de las más caras de las ciudades europeas. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué solución tienen las cosas? ¿Quiénes son los que saben lo que aquí pasa?»

Al poco tiempo, cuando ya no existían las hermanas viajeras, creo que una mujer, al pasar bajo aquel balcón, dijo: «Ellas no supieron vivir. ¿Qué se le va a hacer? Estoy enseñando, desde ahora a mis hijos a que sepan defender su pan a dentelladas. ¿Lo conseguiré? ¿Lo conseguirán ellos? ¿Los dejarán conseguir el pan?» Era una granadina guapa y echada para delante y siguió de largo su camino.

Creo, según dicen, que los postigos de aquellos viejos balcones durante algún tiempo se abrían y se cerraban solos. Todo estaba abandonado y viejísimo, pero unos días después, unos comerciantes de juguetes compraron el piso y lo llenaron de juguetes, hasta el punto de que se veían colgados en aquellos balcones de las pobres hermanas viajeras que no supieron nunca vivir o que no las enseñaron a vivir, que fueron prudentes, soñadoras, buenas, auténticas en su dignidad. ¿Dónde puede estar la razón de todo? Qué terrible problema el de la vida humana.

El de sus cambios sociales, el del deseo o buena o mala fe de ser mejores. Qué terrible problema, repito, el de la vida humana...



J. Martín Recuerda  
Escritor

### Venta SOLAR OFICINAS

Puerta Hierro, proyecto y licencia, 3.031 metros construcción. Tel. 91-541 67 28